

Joseph Roth

La leyenda del santo bebedor

Traducción y epílogo de Ibon Zubiaur



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Die Legende vom heiligen Trinker*

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción y el epílogo: Ibon Zubiaur Mirantes, 2020
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-758-1
Depósito legal: M. 101-2020
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 La leyenda del santo bebedor
- 75 Epílogo: Las leyendas del gran fabulador:
una aproximación

La leyenda del santo bebedor

Uno

Una tarde de primavera del año 1934, un caballero de edad madura bajó los escalones de piedra que conducen desde uno de los puentes sobre el Sena a sus orillas. Allí, como sabe casi todo el mundo y sin embargo merece ser evocado para la ocasión a la memoria humana, suelen dormir, o mejor dicho acampar, los sin techo de París.

Uno de estos sin techo salía por casualidad al encuentro del caballero de edad madura, que por cierto iba bien vestido y daba la impresión de ser un viajero que se disponía a visitar los monumentos de ciudades extranjeras. Este sin techo tenía un aspecto tan andrajoso y deplorable como todos los demás con los que compar-

tía su vida, pero al caballero de edad madura y bien vestido, no sabemos por qué, le pareció digno de una especial atención.

Caía ya la tarde, como queda dicho, y bajo los puentes, en las orillas del río, resultaba más oscuro que arriba en el muelle y en los puentes. El sin techo visiblemente andrajoso vacilaba un poco. No parecía reparar en el caballero mayor y bien trajeado. Pero éste, que no vacilaba en absoluto, sino que dirigía recto y con seguridad sus pasos, debía de haber reparado ya desde lejos en el vacilante. El caballero de edad madura se interpuso casi en el camino del hombre andrajoso. Ambos se detuvieron frente a frente.

—¿A dónde va, hermano? —preguntó el caballero mayor y bien vestido.

El otro lo miró por un instante y luego dijo:

—No sabía que tuviera un hermano, y no sé adónde me lleva el camino.

—Trataré de mostrarle el camino —dijo el caballero—. Pero no ha de enfadarse conmigo si le pido un favor inhabitual.

—Estoy dispuesto a hacer cualquier servicio —respondió el andrajoso.

—Ya veo que tiene usted algún defecto. Pero Dios me ha puesto en su camino. ¡Seguro que necesita dinero, no me tome a mal lo que le

digo! Yo tengo demasiado. ¿Quiere decirme sinceramente cuánto necesita? ¿Al menos por el momento?

El otro reflexionó unos segundos, luego dijo:
–Veinte francos.

–Ciertamente, eso es muy poco –replicó el caballero–. Necesita sin duda doscientos.

El andrajoso dio un paso atrás, y pareció como si fuera a caerse, pero se mantuvo en pie, aunque vacilante. Luego dijo:

–Por supuesto que prefiero doscientos francos a veinte, pero soy un hombre de honor. Parece confundirse usted conmigo. No puedo aceptar el dinero que me ofrece, por las siguientes razones: primero, porque no tengo el placer de conocerlo; segundo, porque no sé cómo y cuándo podría devolvérselo; tercero, porque tampoco usted tiene la posibilidad de reclamármelo. Y es que no tengo dirección. Vivo casi cada día bajo un puente distinto de este río. Y sin embargo soy, como acabo de recalcarle, un hombre de honor, aunque sin dirección.

–Tampoco yo tengo dirección –respondió el caballero de edad madura–, también yo vivo cada día bajo un puente distinto, y sin embargo le ruego que acepte amablemente los doscientos francos, por lo demás una suma ridícula

para un hombre como usted. Por lo que toca a la devolución, tengo que remontarme más atrás para explicarle por qué no puedo indicarle por ejemplo un banco en el que pueda usted reembolsar el dinero. Y es que me hice cristiano leyendo la historia de santa Teresita de Lisieux. Y ahora adoro en particular esa pequeña estatua de la santa que se encuentra en la capilla Sainte Marie des Batignolles y que verá usted fácilmente. De modo que en cuanto tenga los míseros doscientos francos y su conciencia le apremie a no seguir debiendo esta suma ridícula, acuda, por favor, a Sainte Marie des Batignolles y deposite allí el dinero en las manos del sacerdote que acabe de celebrar la misa. Si se lo debe a alguien, es a santa Teresita. Pero no se olvide: en la Sainte Marie des Batignolles.

—Veo —dijo entonces el andrajoso— que me ha comprendido perfectamente a mí y a mi honorabilidad. Le doy mi palabra de que cumpliré mi palabra. Pero sólo puedo ir a misa los domingos.

—Sea así, los domingos —dijo el caballero mayor. Sacó doscientos francos de la cartera, se los dio al vacilante y dijo—: ¡Se lo agradezco!

—Ha sido un placer —respondió éste y desapareció inmediatamente en la profunda oscuridad.

Y es que entretanto abajo estaban ya en tinieblas, mientras que arriba, en los puentes y en los muelles, se encendían las farolas plateadas para anunciar la alegre noche de París.

Dos

También el caballero bien vestido desapareció en la tiniebla. Lo cierto es que se le había otorgado el milagro de la conversión. Y había decidido vivir la vida de los más pobres. Y por eso vivía bajo el puente.

Pero por lo que toca al otro, era un bebedor, casi un borracho. Se llamaba Andreas. Y vivía de los azares, como muchos bebedores. Hacía mucho tiempo que no había tenido doscientos francos. Y quizá por ello, porque hacía tanto tiempo, a la exigua luz de una de las escasas farolas bajo uno de los puentes sacó un pedacito de papel y el resto de un lápiz y anotó la dirección de santa Teresita y la suma de doscientos francos que desde ese momento le debía. Subió

una de las escaleras que llevaban desde las orillas del Sena a los muelles. Allí, según recordaba, había un restaurante. Y entró en él, y comió y bebió en abundancia, y gastó mucho dinero, y aún se llevó una botella entera, para la noche, que pensaba pasar bajo el puente, como de costumbre. Sí, hasta extrajo un periódico de una papelería. Pero no para leer en él, sino para cubrirse con él. Y es que los periódicos dan calor, como saben todos los sin techo.

Tres

A la mañana siguiente Andreas se levantó antes de lo acostumbrado, y es que había dormido mejor que de costumbre. Tras una larga reflexión, recordó que la víspera había vivido un milagro, sí, un milagro. Y como en esa última noche caliente, cubierto por el periódico, creía haber dormido especialmente bien, como hacía mucho tiempo que no lo hacía, decidió también lavarse, algo que no había hecho desde hacía muchos meses, en el período más frío. Pero antes de quitarse la ropa, volvió a palparse el bolsillo interior izquierdo de la chaqueta, donde, según su recuerdo, debía encontrarse el resto tangible del milagro. Y a continuación buscó un punto especialmente apartado en el talud

del Sena para lavarse al menos la cara y el cuello. Pero como le pareció que de todas partes podrían observar su lavado muchas personas, personas pobres de su estilo (abandonadas, como las llamó de pronto él mismo para sus adentros), renunció finalmente a su propósito y se contentó con sumergir las manos en el agua. Luego se puso de nuevo la chaqueta, volvió a palparse el billete del bolsillo interior izquierdo y se sintió completamente limpio y casi transformado. Se adentró en el día, en uno de esos días que estaba habituado a malgastar desde hacía tiempos inmemoriales, decidido a acudir una vez más a la habitual Rue des Quatre Vents, donde se encontraba el restaurante ruso-armenio Tari-Bari y donde él invertía en bebidas baratas el escaso dinero que le deparaba el azar diario.

Sólo que en el primer quiosco de periódicos ante el que pasó se detuvo, atraído por las ilustraciones de algunas revistas, pero también dominado de pronto por la curiosidad de saber qué día era, cuáles eran la fecha y el nombre del día. De modo que se compró un periódico y vio que era jueves, y recordó de pronto que él había nacido un jueves, y sin mirar la fecha decidió tomar justo ese jueves por su cumpleaños. Y

como lo embargaba ya una alegría infantil de día de fiesta, tampoco dudó un instante en entregarse a buenos y nobles propósitos y no entrar al Tari-Bari, sino, con el periódico en la mano, en una taberna mejor, para tomar allí un café, si bien regado con ron, y comer un bocadillo.

De modo que entró, seguro de sí mismo pese a su ropa harapienta, en un bistró burgués, se sentó a una mesa, él, que desde hacía tanto tiempo sólo estaba acostumbrado a acudir a la barra, es decir, a apoyarse en ella. Se sentó pues. Y como su asiento se hallaba enfrente de un espejo, tampoco pudo evitar contemplar su rostro, y fue como si entonces se volviera a conocer. Y lo cierto es que se asustó. Supo también al mismo tiempo por qué en los últimos años había temido tanto a los espejos. Y es que no era bueno contemplar con los propios ojos el propio abandono. Y mientras no tuviera uno que mirarlo, era casi como si no tuviera rostro o tuviera todavía el antiguo, que provenía del tiempo anterior al abandono.

Pero ahora se asustó, como queda dicho, especialmente al comparar su fisionomía con las de los hombres eminentes que se sentaban en su vecindad. Hacía ocho días que se había he-